

## Cuando llega María Lucrecia

*Víctor Negrete Barrera*



Algunos pueblos tienen la costumbre de enterrar a los niños cuando mueren con la cabecita en dirección a la salida del sol. Dicen los acongojados parientes que el sol mañanero es saludable y les da un bonito color a los cachetes.

Así como esta creencia hay muchas en el departamento. Y todas, en el fondo, buscan suavizar un poco el efecto desastroso que causa la muerte de un ser querido. Sin embargo, en Montería las cosas son al revés. Tal vez porque ya no somos un pueblo y tampoco una ciudad. Al final queda, por esta situación de transición, que la muerte de una persona es altamente complicada y demasiado dolorosa.

Todo comienza con la aparición de María Lucrecia, la muerte, casi siempre sorpresiva. Cuando la vemos en cuerpo presente ya es imposible pedirle que desista de su intención porque ella, junto con el destino, pasan todos los días, en medio de risas y bromas, tirando al albur la suerte de cada una de las personas y las decisiones que toman son definitivas. El asunto es que cuando llega, el llanto, los gritos, el desespero y los lamentos de la gente rompen la tranquilidad y en medio de la confusión proceden a arrinconar muebles, guardar adornos, descolgar cuadros, barrer y sacudir. Alarmados y sorprendidos acuden los vecinos, llenan la casa, crece el llanto, vienen los pésames, los desmayos, los consuelos, los soplos, las bebidas de toronjil o yerbabuena.

Pocillos y asientos aparecen por todas partes.

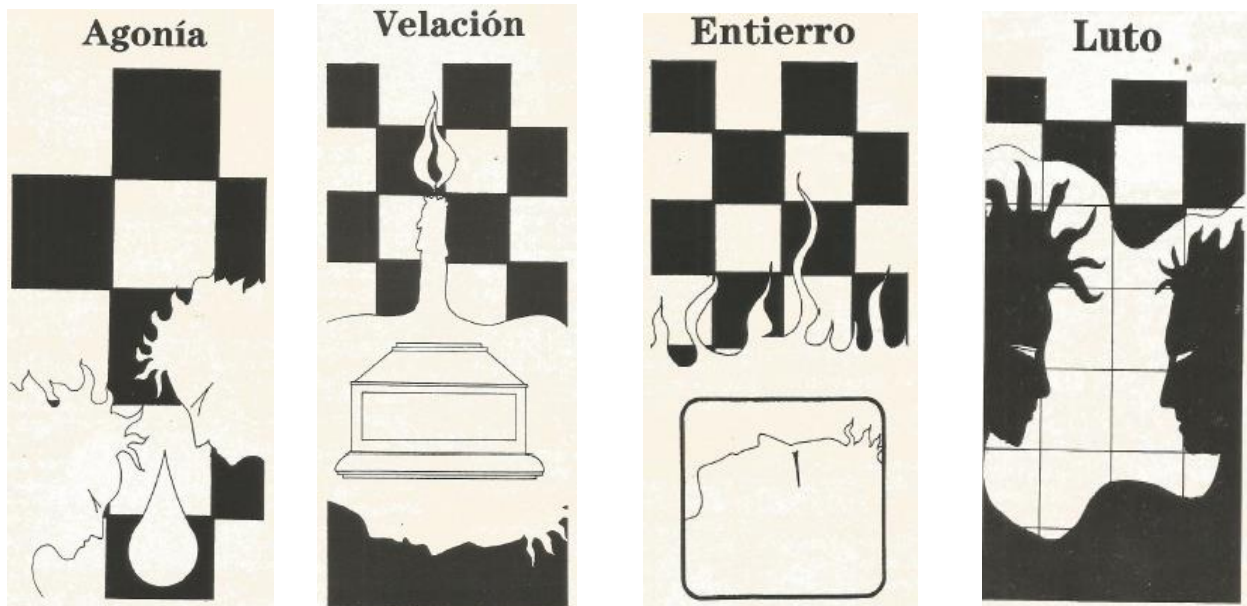
Mientras amortajan el cadáver reparten tinto y avisan a los familiares y amigos. La noticia coge vuelo con rapidez increíble. Llega más gente. Enseguida buscan o mandan hacer vestidos de luto; instalan el ataúd en la sala, prenden los cirios, colocan la cruz al frente y a un lado el vaso con agua para consumo del difunto durante el largo viaje que apenas inicia. Una improvisada rezandera inicia el primer rosario. Los hombres, afuera, hacen comentarios discretos. Terminado el rezo, vienen los comentarios y las preguntas con más detalles: las precauciones que no tomaron, las determinaciones inflexibles del destino, los cientos de detalles de su vida, las cosas raras que hizo o dijo unos días antes, los hijos que deja y terminan diciendo

que la hija de fulano le “abrió las patas” a zutanito, es decir, tuvieron relaciones sexuales, y si vieras a cómo compré la libra de arroz y lo caro que llegó el recibo del agua.

Para esta hora debe saberse dónde, la hora y nombre del cura que va a oficiar las misa, mandar a hacer los carteles, dar aviso por la radio, conseguir el permiso de inhumación, el arriendo de la bóveda y el de los carros para el transporte al cementerio.

Al momento de retirar el ataúd de la casa y conducirlo a la iglesia, suceden escenas verdaderamente desgarradoras. Algunos familiares no dejan sacarlo, se aferran a él con fuerza increíble. El encargado de la funeraria, conocedor profundo de su oficio, actúa con parsimonia y frialdad. Deja que la gente exprese su dolor hasta lo más profundo. Al marcharse el cortejo la sala queda en silencio. Los pocos deudos que permanecen, por lo general los más ancianos, enfermos o con otras dificultades se van calmando lentamente hasta quedar con la mirada fija, perdida, con suspiros corticos.

En la iglesia hay otras emociones. El cura trata de encontrar el mensaje más adecuado a través de las oraciones, los cánticos, los pasajes bíblicos y los ritos. Invita a reflexionar sobre ese gran principio cristiano “no somos nada” y pensar en la vida eterna. Así mitigan un poquito la pena, pero la llegada al cementerio reactiva de nuevo sus bríos. El meter el cajón en la bóveda, arrojarle unos cuantos ramos de flores, sellarle su pequeña entrada y escribir su nombre en el cemento fresco, hacen de ese momento un hecho al máximo doloroso. Parece que a uno lo exprimieran sin dejarnos un aliento de vida. Por lo menos fue lo que yo sentí cuando enterramos a mi hermana Gloria.



*Ilustraciones:* José Antonio Navarro